

el imperio de su patria. El sabino condujo al templo la novilla y ya iba á hacer el sacrificio, cuando el sacerdote, instruido de la predicción, lo detiene diciendo: «¿Qué vas á hacer? Ofrecer un sacrificio á Diana sin haberte purificado sería un sacrilegio. El Tíber corre al pie de esta colina: ve á hacer en sus aguas las abluciones rituales.» El campesino bajó al río y cuando volvió á subir, ya el sacerdote había inmolado la víctima. Y Tito Livio añade: «Esta piadosa bellaquería fué muy agradable al rey y al pueblo.» Con esto se conservaron, durante siglos, en el vestíbulo del templo los cuernos de la becerra predestinada. La imagi-



Vaso de Ceres (Cerveteri) (1)

nación popular se complace en hacer salir de las cosas más pequeñas grandes resultados, y ciertos historiadores tienen las mismas aficiones. Si los latinos habían aceptado ya la supremacía de Roma, era porque las armas la habían establecido.

La tradición hablaba también de una guerra de Servio contra los veientes, los tarquinenses y los habitantes de Ceres los cuales hubieron de unir sus armas con las de los etruscos, á pesar de su origen pelásgico, que los acercaba á Roma, de la que más adelante vendrían á ser aliados, y á la Grecia á la que debían todos los vasos que encontramos en sus sepulcros. Esta guerra debió terminar por un acrecentamiento de territorio en favor de los romanos; pero la repartición de estas tierras, que hizo entre los pobres, hubo de aumentar aún el enojo de los patricios, cuyo poder había disminuído mucho con sus leyes. En su virtud

(1) Vaso corintio encontrado en Cerveteri en 1856. Representa: en la faja inferior jinetes á escape, y en la superior, Hércules en el banquete del rey de Ecalia. La joven Iola está de pie entre la mesa del dios y la de su hermano Ifitos, y en los otros dos lechos están recostados Euritios y sus tres hijos, Dideón, Clitios y Toxos. Todos estos nombres están en antiguos caracteres corintios, trazados alternativamente de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, de modo que formarían, á estar ordenados en columna, un texto *boustrophedon* (Longperier, *Museo Nap.* III, p. LXXI).

se aprestaron á favorecer la conspiración que se formó contra el rey popular.

Las dos hijas de Servio se habían casado con los dos hijos de Tarquino el Antiguo, Lucio y Aruns; pero la ambiciosa Tulia había sido prometida á Aruns, el más bondadoso de los dos príncipes, y su hermana á Lucio, que por su orgullo y crueldad mereció el sobrenombre de Soberbio. Tulia y Lucio no tardaron mucho en entenderse y unirse en criminales lazos y esperanzas. En efecto, para casarse con Lucio, Tulia se desembarazó de su esposo y de su hermana por medio del veneno.

Servio pensaba en abdicar y establecer el gobierno consular, y este fué el pretexto ú ocasión que Lucio ofreció á los patricios para destronar al rey.

Un día, mientras el pueblo estaba ocupado en las faenas del campo, veis aquí que apareció en el Senado, investido de autoridad con todas las insignias reales, y precipitando al viejo príncipe desde lo alto de las gradas de piedra que conducían á la curia, mandó á sus parciales darle la muerte.

Tulia, que estaba en el secreto, acudió presurosa al mismo Senado con priesa de saludar en su esposo al nuevo rey, y en su febril ansiedad, hizo rodar su carro sobre el ensangrentado cadáver de su mismo padre. La calle conservó en recuerdo de estos hechos el nombre de *Via Scelerata* (2). Pero el pueblo no olvidó al que había querido fundar las libertades plebeyas, y todos los días de nonas celebraba el nacimiento del buen rey Servio Tulio (534).

VII - TARQUINO EL SOBERBIO (354-510)

Al rey sucedió el tirano. Rodeado de una guardia de mercenarios y secundado por parte de los senadores que había sobornado, Tarquino reinó sin cuidarse de las leyes, despojando á unos de sus bienes, desterrando á otros y condestando á muerte á todos los que le inspiraban desconfianza. Para asegurar su poder se alió con los extranjeros y dió su hija en matrimonio á Octavio Mamilio, dictador de Túsculo. Roma tenía su voz en las ferias latinas, donde los jefes de las cuarenta y siete ciudades, reunidos en el templo de *Júpiter Latiaris*, en la cima del monte Albano; que domina tan majestuosamente todo el Lacio, ofrecían un sacrificio común y celebraban con fiestas su alianza. Tarquino trocó estas relaciones de igualdad en una dominación real. ¿Por qué medios? Lo ignoramos; pero ciertamente por combates cuyo recuerdo se ha borrado. La leyenda se desembarazaba de estas narraciones de batallas refiriendo la trágica aventura de Herdonio de Aricia.

«Tarquino, — dice Tito Livio, — propuso un día á los jefes del Lacio reunirse en el bosque de la diosa Ferentina para deliberar sobre los intereses comunes. Llegaron al salir el sol, pero Tarquino se hizo esperar. ¡Que insolencia! exclama al fin Herdonio de Aricia. ¿Es lícito burlarse así de toda la nación latina? Y propuso á los demás regresar á sus hogares. En esto aparece el rey. Un padre y un hijo lo habían tomado por mediador, y esta era la causa de su retardo,

(2) Tito Livio, I, 41-48; Dionisio, IV, 33-40. Ovidio (*Fast.* VI, 599), habla de un combate entre los dos paridos: *Hinc cruor, hinc eades*, etc.

de que se excusa proponiendo aplazar la deliberación al día siguiente. Era muy fácil, dijo Herdonio, arreglar esa diferencia doméstica. Dos palabras bastaban: que el hijo obedezca al padre ó que sea castigado. Ofendido Tarquino de estas libres palabras, hizo que aquella noche introdujeran sigilosamente armas en casa de Herdonio, y el día siguiente lo acusó de pretender usurpar el imperio sobre todo el Lacio dando muerte á los jefes. La asamblea condenó al supuesto traidor al agua *Ferentina* metido en un zarzo cargado de piedras; y con esto, desembarazado Tarquino de un ciudadano tan irrespetuoso con los reyes, hizo renovar el tratado, pero introduciendo la cláusula de que en vez de combatir los latinos al mando de sus jefes nacionales, habían de reunirse en todas las expediciones de guerra con las legiones al mando siempre de centuriones romanos» (1).

Esta narración no es sino el eco atenuado de violenta rivalidad entre Roma y la ciudad, cuyo jefe era Herdonio de Aricia, poderosa ciudad donde se romperá muy pronto el imperio de Pórsena.



Medalla de la familia Antistia (2)

Habiendo venido á ser jefe obedecido de la confederación latina, á que pertenecían también los hérnicos y las ciudades volscas de Ecetra y de Ancio, Tarquino el Soberbio cercó y tomó la rica ciudad de Suessa Pometia, que sin duda rehusaba entrar en la liga. Al principio fué menos afortunado contra Gabias. Un descalabro que sufrió en un asalto hubo de obligarlo á renunciar hasta á un sitio regular. Pero su hijo Sexto se presentó á los gabieneses: «Tarquino, les dijo, no es menos cruel con su familia que con su pueblo, y quiere despoblar su casa como despobló el Senado. Yo mismo, su hijo Sexto, no he podido librarme de su cuchillo, sino apelando á la fuga, y aquí me tenéis pidiendo asilo á los enemigos de mi padre.» Los gabieneses lo acogieron y aun siguieron sus consejos, y algunas correrías felices al *agro romano* vinieron á aumentar la confianza que se había puesto en él. En poco tiempo, nadie tenía ya más crédito en la ciudad; pero entonces envió á Roma un emisario secreto, encargado de preguntar al rey qué debía hacer para entregarle la ciudad. Tarquino, sin contestar una palabra, pasó á su jardín con el emisario, y paseándose en silencio, fué derribando con una varilla las amapolas más elevadas. Después de esta misteriosa indicación, despidió al mensajero, grandemente sorprendido de tan extraña respuesta.

Los legendarios romanos tomaron de Herodoto este cuento. Pero la sumisión de Gabias á Tarquino no es menos cierta. Dionisio de Halicarnaso vió por sus ojos el tratado hecho entre el rey y la ciudad; el cual tratado se conservaba sobre un escudo de madera, en el templo de Júpiter Fidio, lugar singularmente elegido para un monumento de traición, si el relato de Tito Livio es tan verídico como célebre. En las tierras ocupadas á los volscos fundó Tarquino dos colonias: una que se encerró tras los muros de la Signia pelásgica, y otra que se estableció en el promontorio de Circe: ambas estaban constituidas por ciudadanos romanos y latinos que debían suministrar su contingente al ejército de la liga. Es

(1) Tito Livio, I, 50-52. La fuente llamada *Agua Ferentina* que era acaso un emisario natural del lago de Alba, brotaba en un bosque sagrado, donde los latinos celebraron sus asambleas hasta el año 340 antes de J. C. Fest. s. v. *Priator*. Hoy es la *Marrana del Pantano* que corre en un profundo valle, cerca de Marino.

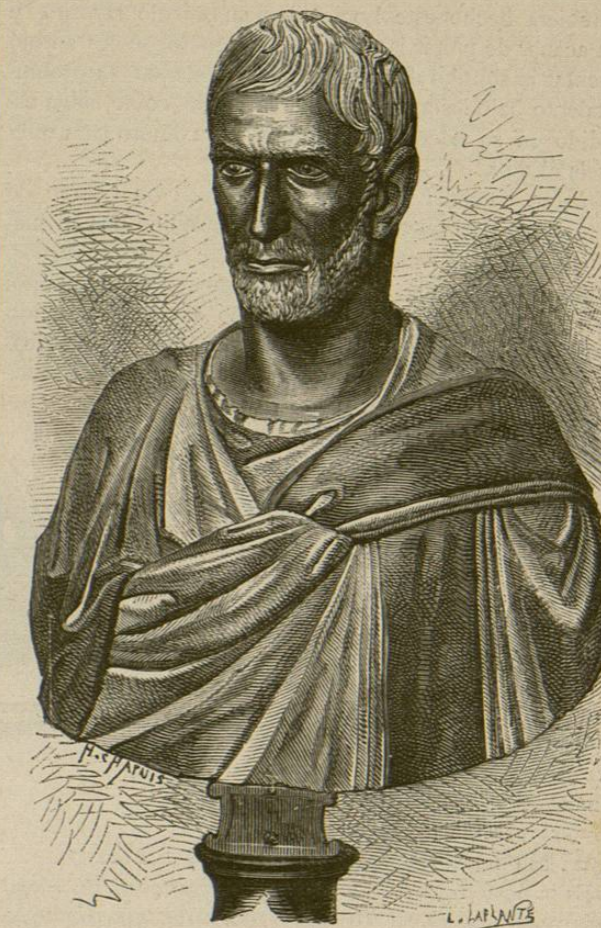
(2) Lleva las palabras *FEDVS CUM GABINIS*, ó alianza con los Gabinos, y representa dos personajes que ofrecen un puerco en sacrificio para consagrar este tratado.

TOMO I

el primer ejemplo de aquellas colonias militares, que multiplicadas por el Senado en todos los puntos de Italia, han de extender las leyes y la lengua del Lacio. Al mismo tiempo serán guarniciones permanentes, puestos avanzados que atajarán al enemigo deteniéndolo lejos de la capital, y serán semilleros de bravos soldados.

Como su padre, Tarquino el Soberbio gustaba de la ostentación y magnificencia. Hizo venir de Etruria hábiles operarios y con el botín hecho sobre los volscos, terminó las cloacas y el Capitolio, esa mansión preferida del dios que tiene el rayo en su diestra, desde donde «tantas veces agitó su negra egida y llamó á sí las tempestuosas nubes» (3).

Excavando el suelo para echar los cimientos de este nuevo santuario de Roma, hubo de encontrarse una cabeza huma-



BRUTO. — Busto del Capitolio

na recién cortada al parecer. «¡Buen signo! exclamaron los augures: es su sentido que este templo ha de ser la cabeza del mundo.» Por debajo del Capitolio, en un cofre de piedra, se encerraron los libros sibilinos. Una adivina, la sibila de Cumas, había venido con la apariencia de una vieja á ofrecer al rey en venta nueve libros. A su negativa, quemó la vieja tres de ellos y volvió á pedir el mismo precio por los otros seis. Una segunda negativa del rey le hizo quemar otros tres, pidiendo por ellos el precio mismo. Admirado Tarquino, compró los tres restantes y los confió á la custodia de dos patricios. En los grandes peligros, se abrían estos libros al azar, según parece, y el primer pasaje que se ofrecía á la vista servía de respuesta (4). En la Edad media también se echaban estas suertes sobre los Evangelios.

(3) Virg. *Æn.* VIII, 353.

(4) Dionisio IV, 62; Cic. de *Divin.* II, 54; Tac. *Ann.* VI, 12. Justino (I, 6) atribuye esta historia á Tarquino el Antiguo. Atenas parece

Sucedió luego que algunos signos amenazadores turbaron el sosiego de la familia real, y para saber los medios de aplacar á los dioses, envió Tarquino á sus dos hijos á consultar el oráculo de Delfos, cuya fama había llegado hasta Roma. Un sobrino del rey, Bruto, que se fingía demente (1) para sustraerse á su peligrosa suspicacia, los acompañaba en esta expedición. Luego que el oráculo hubo contestado, preguntaron los jóvenes cuál de ellos sucedería al rey en el trono. «El primero que abraza á su madre,» — contestó la pitia. Bruto comprendió el sentido oculto del oráculo, y dejándose caer besó la tierra, nuestra madre común.

El viaje de Delfos era entonces para los romanos un camino muy largo y pesado, y el rey no tenía ninguna necesidad de enviar tal embajada. Pero los griegos querían que se hubiera hecho este homenaje á su oráculo favorito, y para acabar de pintar la tiranía de Tarquino, se les antojó presentar al sobrino del rey precisado á ocultar su profundo talento bajo las apariencias de la locura, como había escondido en su báculo de viaje una barra de oro para ofrecérsela al dios.

En una comedia de Atio, representada en tiempo de César, contaba el poeta que, turbado Tarquino por un sueño, había llamado á unos adivinos. «He visto en sueños, les dijo, dos carneros magníficos en medio de un rebaño; inmolé el uno, pero el otro se lanzó sobre mí, y dando conmigo en tierra, me hirió gravemente con sus cuernos. En esto observé en el cielo un signo prodigioso: el sol cambió de dirección y su inflamado disco avanzó hacia la derecha. ¡Oh, rey! contestaron los augures, los pensamientos que nos preocupan la víspera, suelen reproducirse en sueños: no hay que maravillarse de lo que te sucede. Con todo eso, mira bien, no sea que el que tienes tú por una bestia, tenga un alma privilegiada, llena toda de prudencia. El prodigio que has soñado anuncia una revolución inminente. ¡Quieran los dioses que sea beneficiosa para el pueblo! Pero el astro majestuoso ha tomado dirección de izquierda á derecha: es un augurio cierto. Roma llegará al pináculo de la fortuna y de la gloria (2).»

¿Es la ficción griega que el amigo del asesino de César había reiterado en su *Bruto*, ó recordaba una tradición conservada en la casa del fundador de la república? Alrededor de los grandes acontecimientos se forma siempre un ciclo de fantásticas narraciones, de que pueden tomar mucho la poesía y la historia legendaria.

Cuando la embajada volvió de Grecia, cercaba Tarquino á Ardea, capital de los rútuos, que lo había sido de Turno, el rival de Eneas (3). Era una poderosa ciudad que los etruscos habían dominado mucho tiempo: Plinio vió en

haber tenido libros semejantes, como también muchas otras ciudades. Los dorios decían *αὐός*, por *θεός*, y *βουλή*, por *βουλή* *Σιθουλά* de donde viene Sibila, significa pues el *consejo de Dios*. Los más antiguos que tengamos fueron relectados á mediados del siglo II antes de nuestra era por judíos de Egipto.

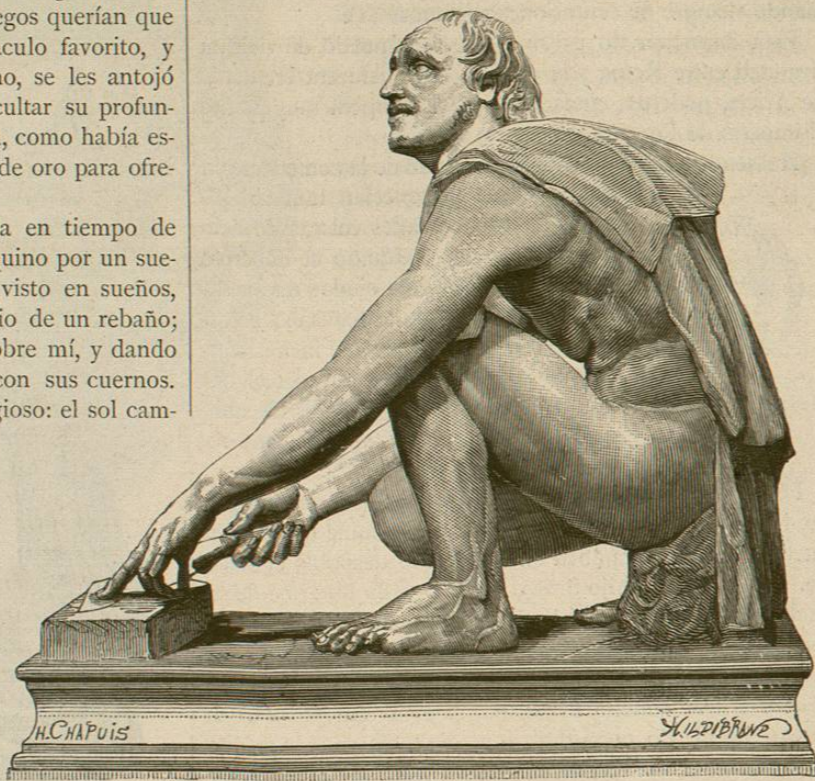
(1) Sin embargo se hace de él el tribuno de los Celeres, que era después del rey, el primer magistrado de la nación. Su nombre, que en el latín antiguo significa grave y fuerte, y por otra acepción idiota, dió sin duda lugar á la leyenda de la locura.

(2) Este pasaje es todo lo que queda del Bruto y aun de la tragedia romana, llamada *prolestata* ó nacional.

(3) En el tratado con Cartago, el primer año de la república, Ardea se dice súbdita de Roma.

ella pinturas que se suponían más antiguas que Roma, y aunque su decadencia comenzara el siglo III, se han encontrado allí estatuas que, á pesar de sus mutilaciones, recuerdan la inspiración del arte griego. Lo que queda de sus muros y de su ciudadela es más imponente que ninguna de las ruinas encontradas en Etruria. Así las operaciones comenzadas contra ella por Tarquino se arrastraban con mucha lentitud, y los jóvenes príncipes procuraban divertir los enojos del sitio con fiestas y juegos, cuando un día se suscitó aquella fatal disputa sobre los méritos de sus mujeres.

«Montemos á caballo, dijo Tarquino Colatino, y corramos allá: como que no nos esperan, podremos juzgarlas



El amolador (4)

por las ocupaciones en que las sorprendamos.» En Colacia encontraron á las nueras del rey y á sus compañeras entregadas á los placeres de un suntuoso festín, mientras Lucrecia, al contrario, retenida en su casa, hilaba con sus sirvientas hasta bien cerrada la noche. Por voto de todos fué proclamada por la más prudente. Pero esta prudencia y su hermosura hubieron de encender en el corazón de Sexto criminales deseos, y algún tiempo después volvió una noche á Colacia, penetra en el retrete de Lucrecia, y la insta, y la apremia, y la conjura á ceder á sus anhelos, añadiendo, al fin, á los ruegos y promesas, el amago y la venganza. Si se resiste, la matará, pondrá á su lado el cadáver de un esclavo degollado, y correrá á decir á Colatino y á toda Roma que ha castigado á los culpables. Ante tan vil perfidia que la expone al deshonor, sucumbió Lucrecia; pero consumado el crimen, envió un rápido mensaje á su padre y á su esposo, para que sin demora vinieran cerca de ella, cada uno con un amigo íntimo y fiel.

Bruto acompañó á Colatino, y la encontraron sumida en

(4) Se cree que esta bella estatua representa al esclavo escuchando la conspiración de los hijos de Bruto, ó la de Bruto y Casio contra César.

el más acerbo dolor. Lucrecia les hizo saber el atentado de que había sido víctima y su resolución de no sobrevivir á su deshonra; pero exige de ellos que castiguen al culpable. En vano procuran disuadirla de su intento: ella no es culpable, pues su corazón permanece inocente; la intención es la que constituye la falta. Pero Lucrecia replica: «A vosotros os toca decidir de la suerte de Sexto; en cuanto á mí, me absuelvo del crimen, pero no quiero eximirme de la pena. No quiero que ninguna matrona romana invoque jamás el ejemplo de Lucrecia para sobrevivir á su deshonra.» Y en diciendo esto, se hundió en el seno un puñal que había escondido entre los pliegues de su túnica.

Bruto sacó el hierro de la herida, y levantándolo, exclamó en son de espantoso enojo: «¡Oh, dioses! os pongo por testigos de mis palabras. ¡Por esta sangre, pura antes del ultraje de ese hijo de rey, juro perseguir á hierro y fuego, y por todos los medios que pueda haber á la mano, á Tarquino, á su infame familia y á su raza maldita! ¡Juro no sufrir ya más reyes en Roma!»

Y pasó el cuchillo á Colatino, á Lucrecio y á Valerio, los cuales repitieron el mismo juramento, y todos juntos partieron para Roma. Allí expusieron el cuerpo ensangrentado de la víctima, y llamaron á la venganza al Senado, diezmado por Tarquino, y al pueblo, por él abrumado de odiosos servicios y onerosas cargas para sus construcciones. En su virtud, por un senado-consulta, confirmado por las curias, se proclamó el destronamiento del rey, su destierro y el de todos los suyos. Después de esto, corrió

Bruto al campamento de Ardea y sublevó á los soldados, mientras Tarquino el Soberbio volvía más que de prisa á Roma, cuyas puertas encontró cerradas. Con esto tuvo que ir á refugiarse á la ciudad etrusca de Ceres, con sus dos hijos Tito y Aruns. En cuanto á Sexto, habiéndose retirado á Gabias, fué muerto allí por los parientes de sus víctimas.

Aquel mismo año se libertaba también Atenas de la tiranía de los Pisistrátides.

En premio ó compensación de su concurso reclamó el pueblo las leyes del buen rey Servio Tulio y el establecimiento del gobierno consular. El Senado vino en ello, y los comicios centuriales proclamaron cónsules á Junio Bruto y á Tarquino Colatino, y después á Valerio, cuando Colatino, sospechoso ya á causa de su nombre, se fué desterrado á Lavinio. Muchos otros hicieron lo mismo, porque el pueblo, embriagado con sus nuevas libertades, dice Cicerón, usó de represalias, y viéronse muchos inocentes desterrados ó desposeídos de sus bienes.

Ceres no ofreció á Tarquino más que asilo; pero Tarquini y Veyos enviaron á pedir á Roma el restablecimiento del rey, ó á lo menos la restitución de los bienes de su casa

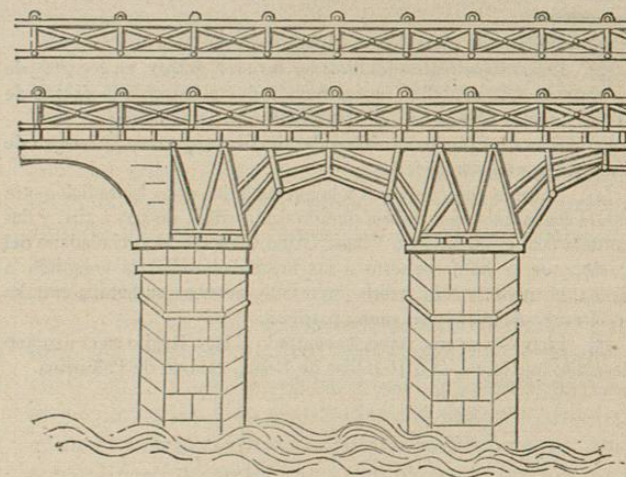
(1) Medalla con el nombre de Cocles, acuñada en época incierta por algún miembro de la *gente Horacia*.

(2) Medallón de bronce de Antonino. Cocles atravesando el Tíber á nado. Un enemigo lanzando un dardo, y un romano que acaba de romper el puente.

y de los que le habían seguido. Durante las negociaciones, los diputados mismos urdieron una conspiración con jóvenes patricios, que preferían el brillante servicio de un príncipe al modesto reinado de las leyes, del orden y de la libertad. Pero el esclavo Vindicio denunció la trama, y fueron sorprendidos y presos los culpables, entre ellos los hijos y algunos parientes de Bruto, que ordenó y vió friamente su suplicio. A los emigrados se les concedieron veinte días para volver á la ciudad, y á fin de ganar el pueblo á la causa de la revolución, se le permitió el pillaje de los bienes de Tarquino, y cada plebeyo recibió siete arpentas de las tierras reales. Los campos que se extendían entre la ciudad y el río fueron consagrados á Marte, y arrojados al Tíber los haces ó gavillas de trigo allí hacinadas, se detuvieron en una hondonada, que vino luego á ser la isla de Esculapio (3).

Entretanto un ejército de veyentes y tarquinienses marchaba sobre Roma: las legiones salieron á su encuentro, y en un combate singular Bruto y Aruns cayeron mortalmente heridos. La noche separó á los combatientes sin que se pudiera decir quiénes eran los vencedores. Pero á media noche se oyó como una gran voz que salía del bosque Arσιο pronunciando estas palabras: «Roma ha perdido un guerrero menos que el ejército etrusco.» Espantado éste emprendió la fuga.

Valerio entró en Roma triunfante y pronunció el elogio fúnebre de Bruto: las matronas romanas honraron con un año de luto al vengador del pudor ultrajado, y el pueblo



PUENTE SUBLICIO (4)

puso su estatua, con la espada en la mano, en lo alto del Capitolio, al lado de las de los reyes, protegidas aun por cierto temor supersticioso.

La abnegación por la cosa pública, la piedad para con

(3) Dion. V, 13, y Plin. XVIII, 4. Esta *ínsula Tiberina* (de San Bartolomeo) fué más tarde reunida á la margen izquierda del río por el puente Fabricio (*ponte Quattro Capi*, á causa de los Janos cuadrifrontes situados á sus extremos) y á la margen derecha por el puente Cestio, nombre moderno de la isla. En memoria de un milagro, que habremos de referir después, se dió á la *ínsula Tiberina* con sólidas construcciones la forma de una quilla de navío flotante, y su extremo figura una proa, cuyos restos aun se ven. A esta isla, muy sujeta á las inundaciones antes de estos sólidos trabajos, se llevaba á los esclavos viejos ó enfermos y allí se les abandonaba. Esculapio tuvo en ella su primer templo, y á pesar de la proximidad del dios *curandero*, los desesperados que querían dejar la vida, sin cuidarse de sus funerales, elegían de ordinario el puente Fabricio para irse por el Tíber á la eternidad. (Horac. Sat. II, III, 36.)

(4) Su construcción exclusivamente de madera, obedecía acaso á una idea religiosa.

los dioses y las hazañas heroicas honraron también aquella nueva libertad. Valerio, que viene á hacerse sospechoso por su casa de piedra edificada en la Velia, por encima del Foro, la hace demoler en una noche, y merece por sus leyes populares el sobrenombre de *Poplicola*; Horacio, á quien se anuncia durante la dedicación del Capitolio la muerte de su hijo, parece no oír nada de esta desgracia doméstica, porque está rogando á los dioses en favor de Roma; en fin, cuando Tarquino arma á Pórsena contra su antiguo pueblo, Horacio Cocles defiende solo el puente Sublicio contra todo un ejército; Mucio Escévola pone la mano en un brasero castigándose á sí mismo ante el asombrado Pórsena, por haberse equivocado al dar muerte, en



Los Dioscuros dando de beber á sus caballos en la fuente de Iuturna (1)

la mano en un brasero castigándose á sí mismo ante el asombrado Pórsena, por haberse equivocado al dar muerte, en



Medalla conmemorativa de la batalla de Regilo (2)



Medalla de la gens Mamilia (3)

lugar de este rey, como era su intención, á uno de sus oficiales; y Clelia, entregada en rehenes al príncipe etrusco, se evade de su campo y atraviesa á nado el Tíber (4). Viene luego el canto guerrero de la batalla del lago Regilo (5), el úl-

(1) Medalla de plata de los Albini, descendientes de Postumio.

(2) Los descendientes del dictador hicieron grabar, en recuerdo de su victoria, una medalla, representando por el anverso la cabeza de Diana y por el reverso tres jinetes pisoteando á un enemigo.

(3) Esta raza pretendía descender de Ulises, y ponía la imagen de este príncipe en sus medallas.

(4) Entre la guerra etrusca y la guerra latina pone la tradición otra contra los sabinos, que habría durado cuatro años, de 505 á 501, y durante la cual el sabino Ato Claudio (Apio Claudio), rico ciudadano del Lacio, que se había opuesto á las hostilidades, había emigrado á Roma, en cuyo Senado habría ingresado, mientras su familia entraba en el rango de las nuevas gentes patricias.

(5) Pietro Rosa cree haber encontrado el lago Regilo en el pantano desecado que hay á 15 ó 16 millas de Roma, camino de Palestrina.

timo esfuerzo de Tarquino, que abandonado ya de Pórsena, había conseguido levantar el Lacio. Todos los jefes se encontraron allí en combates singulares, y perecieron ó fueron mal heridos. Los dioses mismos, como en los tiempos homéricos, hubieron de tomar parte en esta última lucha. Durante la acción, dos jóvenes guerreros de descollada estatura, montados en caballos blancos, combatieron á la cabeza de las legiones, y fueron los primeros que penetraron en las trincheras enemigas. Cuando el dictador Aulo Postumio quiso darles la corona obsidional, los collares de oro y los ricos presentes prometidos á los primeros que entraran en el campamento real, habían desaparecido los dos gallardos y valerosos mancebos de los caballos blancos. Pero la misma noche hubieron de ver en Roma á dos héroes cubiertos de sangre y polvo, los cuales lavaron sus armas en la fuente de Iuturna y anunciaron al pueblo la victoria. Eran los Dioscuros Castor y Polux.

A fin de que nadie pudiera dudar de su presencia en medio del ejército romano, se enseñó por espacio de siglos la gigantesca huella de un pie de caballo en la roca del campo de batalla, y Roma, que tenía orgullo en presentarse como objeto de la constante solicitud de los dioses, consagró esta leyenda erigiendo á los divinos hijos de Zeus y de Leda un templo, que vino á ser de los más célebres de la ciudad eterna.

La victoria fué sangrienta. De parte de Roma, tres Valerios, Herminio, compañero de Cocles, y Ebucio, maestro de la caballería, quedaron en el campo de batalla muertos ó heridos. De parte de los latinos, Octavio Mamilio, el dictador de Alba, y Tito, el último hijo de Tarquino, sucumbieron igualmente. El mismo rey, causa de tantos desastres, herido de una lanzada, no sobrevivió á su desdichada raza y malhadadas esperanzas, sino para ir á acabar los días de su triste y miserable vejez á la corte de Aristodemo, tirano de Cumas (496).

Los Tarquinos están muertos; los fundadores de la república han desaparecido uno tras otro; los tiempos de los héroes y de las leyendas han acabado: ahora comienzan los del pueblo y de la historia.

(6) Gran bronce de Antonino. A la izquierda la loba, á la derecha el Tíber.



Roma sentada sobre las siete colinas (6)

CAPÍTULO II

CONSTITUCION DE ROMA DURANTE EL PERIODO REAL. — ORGANIZACION PRIMITIVA

I. — ORIGENES DE LA HISTORIA ROMANA

La influencia que la literatura griega ejerció en la literatura latina se extendió á la historia de Roma: se ha visto ya la prueba y se verán muchas otras. Sin embargo, el uso



Medalla conmemorativa del tratado con Gabias (1)

de la escritura era menos raro de lo que se ha dicho en la Italia antigua. Si se rechaza con razón el descubrimiento de los libros de Numa, el tratado con Cartago en 509, cuyo original leyó Polibio, el tratado con Gabias, el de Espurio Casio con los latinos, que vió Cicerón, las leyes reales, reunidas después de la partida de los galos, prueban siempre, que se empleaba la escritura, durante el período real, á lo menos para los actos públicos y también para conservar la memoria de los hechos importantes.

Al redor de Roma los pueblos tenían también monumentos de su vida nacional. En tiempo de Varrón existían aún historias etruscas, escritas hacia mediados del siglo IV antes de nuestra era. Cumas había tenido sus historiadores, y cada ciudad sus anales grabados en láminas de plomo ó de bronce, en tablas de encina, ó bien escritas en telas de lino como en Anagni y en Preneste. Ninguna duda cabe en que la nación de los volscos, poderosa tanto tiempo, hubiera poseído, como los hérnicos y los latinos, monumentos escritos. Dionisio hace mención de sus cantos de guerra, Silio de los de los sabinos, y Virgilio, tan docto como Varrón en las cosas de la vieja Italia, habla de los cantos nacionales de los *prisci Latini*.

Inscripciones en bronce y en piedra, recuerdos, nombres grabados en los monumentos ú otros lugares, como el *Poste de la Hermana*, la *Via Scelerata*, y las tradiciones orales que vivían en las familias, podían ayudar á las investigaciones sobre la historia primitiva. Pero los más antiguos analistas romanos vivían en la época en que Roma, dueña de Italia, entraba en relaciones con la Grecia; se deslumbraron con el esplendor de la literatura helénica, y desconociendo la importancia de los documentos indígenas, cuya aridez era fatigosa, se hicieron discípulos de los mismos que acababan de someter. Hubo entonces como una doble conquista hecha en sentidos opuestos: los griegos vinieron á ser súbditos de Roma, los romanos discípulos de la Grecia, y la educación etrusca de los jóvenes patricios fué reemplazada por la educación griega y el viaje á Ceres por el viaje á Atenas (2). Mucho tiempo an-

(1) Medalla de Antistio Vetus. En el anverso, cabeza de Augusto con la indicación de su 8.º poder tribunicio; en el reverso dos feciales inmolando un puerco sobre un altar encendido, y las palabras *FÆD(us) CVM GABINIS*, alianza con los Gabinos.

(2) Tito Livio, IX, 36: *Habeo auctores vulgo tum* (en el siglo V de Roma) *Romanos pueros, sicut nunc Græcis, ita Etruscis litteris erudiri solitos.*

tes de que los romanos pensarán en Atenas, la influencia de la Grecia se había hecho sentir en el centro de Italia, entre los etruscos y entre los romanos. Los libros sibilinos estaban escritos en griego, y el embajador de Roma á los tarentinos les habló en esta misma lengua.

Por una singular extravagancia, los romanos aprendieron de los griegos su propia historia, quiero decir la que los griegos les hicieron. El carácter épico que la influencia de Homero y de Hesíodo había dado á la prosa narrativa de los helenos, pasó á los escritos de los analistas de Roma. Dos de sus primeros historiadores fueron dos poetas épicos, Ennio y Nevio, y Dionisio decía de sus obras: «Se parecen á las de los analistas griegos;» y añadía por Catón, Sempronio y otros: «Han seguido la fábula griega.» Tácito y Estrabón les hacían el mismo cargo. Así, las naciones de la Europa occidental olvidaban en la Edad media su verdadero origen por los pedantescos recuerdos de la antigua literatura. Los francos se creían descendientes de un hijo de Hector; los bretones, de Bruto, y Reims había sido fundada por Remo.

Sobre el origen de Roma y de Rómulo, sólo Plutarco refiere hasta doce tradiciones diferentes, las cuales tienen casi todas el sello de la imaginación helénica, y aquella en que se fija por ser la más extendida, no era sino la narración del griego Diocles de Pepareto, seguida por un soldado de la segunda guerra púnica, Fabio Pictor, el más antiguo de los analistas romanos y el primer embajador de Roma en Grecia.

Sin embargo, siendo la organización enteramente religiosa é interviniendo los sacerdotes á cada instante en los negocios públicos, estaban interesados los pontífices en conservar con toda la exactitud posible la memoria de los acontecimientos. Con esto tenían los romanos los *Anales de los Pontífices*, ó *Annales Maximi*, los *Fastos de los Magistrados* (*Fasti Magistratum*), los *Fastos Triunfales* (*Fasti Triumphales*), las listas de los censores, etc. Sino que estos anales tenían un laconismo que abría campo á las interpretaciones y á las fábulas.

Fuera de esto, hechos día por día, para conservar la memoria de los tratados, los nombres de los magistrados y los acontecimientos importantes, databan sólo de la época en que la sociedad romana, regularmente constituida, sintió la necesidad, necesidad solamente, de darse cuenta á sí misma de sus actos y de sus relaciones con sus vecinos. Más allá, no hay más que tinieblas mitológicas, y este es el libre espacio en que tomó vuelo la imaginación de los griegos, que se apoderaron de este período para llenarlo á satisfacción de sus deseos é intereses. Ahora bien, en su propia historia, no habían conservado de los tiempos antiguos más que un gran recuerdo, el de la guerra de Troya, y á este acontecimiento refirieron la primera historia de Italia. Hacia Italia condujeron á los héroes troyanos, que pudieron librarse del saqueo de la ciudad, ó á los héroes griegos alejados de su nación por la tempestad, y cada ciudad italiana de alguna importancia tuvo un héroe de una ú otra raza por fundador.